

TRIBUNA: HANS KÜNG

Un pontificado con contradicciones fatales

Hans Küng es teólogo. © Hans Küng, 2003. Traducción de Jesús Alborés.

EL PAÍS | Opinión - 15-10-2003

El 17 de octubre de 1979 publiqué un balance del primer año en el cargo del papa Juan Pablo II. Fue este artículo, que apareció en varias publicaciones del mundo, lo que dos meses después dio lugar a que se me retirara la autorización eclesiástica para enseñar como teólogo católico.

Veinticinco años de pontificado han confirmado mi crítica. Para mí, este Papa no es el más grande, pero sí *el más contradictorio del siglo XX*. Un Papa con muchas y muy grandes dotes y con muchas decisiones equivocadas.

Reduciéndolo a un único denominador: su política exterior exige a todo el mundo conversión, reforma, diálogo. En crasa contradicción con ella está su política interior, que apunta a la restauración del *status quo ante Concilium* y a la negación del diálogo intraeclesiástico. Este carácter contradictorio se manifiesta en diez complejos ámbitos de problemas:

1. *El mismo hombre que defiende de puertas afuera los derechos humanos los niega de puertas adentro a obispos, teólogos y mujeres, sobre todo: el Vaticano no puede suscribir la Declaración de Derechos Humanos del Consejo de Europa; sería necesario cambiar antes demasiados preceptos del derecho canónico medieval-absolutista. La separación de poderes es desconocida en la Iglesia católica. En caso de disputa, la misma autoridad actúa como legisladora, fiscal y juez. Consecuencias: un episcopado servil y una situación jurídica insostenible. Quien litigue con una instancia eclesiástica superior no tiene prácticamente ninguna oportunidad de que se le haga justicia.*

2. *Un gran admirador de María que predica excelsos ideales femeninos, pero que rebaja a las mujeres y les niega la ordenación sacerdotal: siendo atractivo para muchas mujeres católicas tradicionales, este Papa repele a las mujeres modernas, a las que quiere excluir "infaliblemente" de las órdenes mayores*

para toda la eternidad y a las que en el caso de la anticoncepción incluye en la "cultura de la muerte". *Consecuencias*: escisión entre el conformismo exterior y la autonomía interna de la conciencia, que en casos como en el del conflicto de los consejeros de mujeres embarazadas también aleja a las mujeres de los obispos afines a Roma, lo que provoca el creciente éxodo de quienes aún seguían fieles a la Iglesia.

3. Un predicador en contra de la pobreza masiva y la miseria del mundo que, sin embargo, con su posición sobre la regulación de la natalidad y la explosión demográfica, es corresponsable de esa miseria: el Papa, que tanto en sus numerosos viajes como en la conferencia sobre población de la ONU en El Cairo tomó postura en contra de la píldora y del preservativo, podría tener mayor responsabilidad que cualquier estadista en el crecimiento demográfico descontrolado de numerosos países y la extensión del sida en África. *Consecuencias*: incluso en países tradicionalmente católicos como Irlanda, España y Polonia, existe un creciente rechazo a la moral sexual y al rigorismo católico romano en el tema del aborto.

4. Un propagandista de la imagen del sacerdocio masculino y célibe que es corresponsable de la catastrófica escasez de curas, el colapso del sacerdocio en muchos países y el escándalo de la pedofilia en el clero, que ya es imposible encubrir: el que a los sacerdotes les siga estando prohibido el matrimonio no es más que un ejemplo de cómo este Papa también posterga la doctrina de la Biblia y la gran tradición católica del primer milenio (que desconocen las leyes del celibato eclesiástico) en favor del derecho canónico del siglo XI. *Consecuencias*: los sacerdotes son cada vez más escasos, su reemplazo inexistente, pronto casi la mitad de las parroquias carecerán de párrocos ordenados y celebrantes regulares de la eucaristía, hechos que no pueden ocultar la creciente importación de sacerdotes de Polonia, India y África ni la inevitable fusión de parroquias en "unidades eclesiales".

5. El impulsor de un número inflacionista de beatificaciones lucrativas que al mismo tiempo, con poder dictatorial, insta a su Inquisición a actuar contra teólogos, sacerdotes, religiosos y obispos desafectos: son perseguidos inquisitorialmente sobre todo aquellos creyentes que destacan por su pensamiento crítico y su enérgica voluntad reformista. Del mismo modo que Pío XII persiguió a los teólogos más importantes de su época (Chenu, Congar, De Lubac, Rahner, Teilhard de Chardin), Juan Pablo II (y su Gran Inquisidor Ratzinger) ha perseguido a Schillebeeckx, Balasuriya, Boff, Bulányi, Curran, así como al obispo Gaillot (de Evreux) y al arzobispo Huntington (de Seattle). *Consecuencias*: una Iglesia de vigilantes en la que se extienden los denunciadores, el temor y la falta de libertad. Los obispos se perciben a sí mismos como gobernadores romanos y no como servidores del pueblo cristiano, y los teólogos escriben en conformidad o callan.

6. Un panegirista del ecumenismo que, sin embargo, hipoteca las relaciones con las iglesias ortodoxas y reformistas e impide el reconocimiento de sus sacerdotes y la comunidad eucarística de evangélicos y católicos: el Papa podría, tal como ha sido recomendado repetidas veces por las comisiones ecuménicas de estudio y practican muchos párrocos, reconocer a los eclesiásticos y las celebraciones de la comunión de las iglesias no católicas y permitir la hospitalidad eucarística. También podría atemperar la exagerada ambición medieval de poder frente a las iglesias orientales y reformadas. Pero quiere mantener el sistema de poder romano. *Consecuencias:* el entendimiento ecuménico quedó bloqueado tras el Concilio Vaticano II. Ya en los siglos XI y XVI el papado demostró ser el mayor obstáculo para la unidad de las iglesias cristianas en libertad y pluralidad.

7. Un participante en el Concilio Vaticano II que desprecia la colegialidad del Papa con los obispos, decidida en ese concilio, y que vuelve a celebrar en cada ocasión que se presenta el absolutismo triunfalista del papado: en sustitución de las palabras programáticas conciliares (*aggiornamento*, diálogo, colegialidad, apertura ecuménica), se vuelve ahora, en las palabras y en los hechos, a la "restauración", "doctrina", "obediencia", "rerromanización". *Consecuencias:* No deben llamar a engaño las masas de las manifestaciones papales: son millones los que bajo este pontificado han "huido de la Iglesia" o se han retirado al exilio interior. La animosidad de gran parte de la opinión pública y de los medios de comunicación frente a la arrogancia jerárquica se ha intensificado de forma amenazadora.

8. Un representante del diálogo con las religiones del mundo, a las que simultáneamente descalifica como formas deficitarias de fe: al Papa le gusta reunir en torno a sí a dignatarios de otras religiones. Pero no se percibe mucha atención teológica a sus demandas. Antes bien, incluso bajo el signo del diálogo sigue concibiéndose como un "misionario" de viejo corte. *Consecuencias:* la desconfianza hacia el imperialismo romano está ahora tan difundida como antes. Y esto no sólo entre las iglesias cristianas, sino también en el judaísmo y el islam, por no hablar de India y China.

9. Un poderoso abogado de la moral privada y pública y comprometido paladín de la paz que, al mismo tiempo, por su rigorismo ajeno a la realidad, pierde credibilidad como autoridad moral: las posiciones rigoristas en materias de fe y de moral han socavado la eficacia de los justificados esfuerzos morales del Papa. *Consecuencias:* aunque para algunos católicos o secularistas tradicionalistas sea un *superstar*, este Papa ha propiciado la pérdida de autoridad de su pontificado por culpa de su autoritarismo. A pesar de que en sus viajes, escenificados con eficacia mediática, se presenta como un comunicador carismático (aunque al mismo tiempo es incapaz de diálogo y obsesivamente normativo de puertas adentro), carece de la credibilidad de un Juan XXIII

10. El Papa, que en el año 2000 se decidió con dificultad a reconocer públicamente sus culpas, apenas ha extraído las consecuencias prácticas: sólo pidió perdón para las faltas de los "hijos e hijas de la Iglesia", no para las del "Santo Padre" y las de la "propia Iglesia". Consecuencias: la reticente confesión no tuvo consecuencias: nada de enmienda, tan sólo palabras, nada de hechos. En vez de orientarse por la brújula del evangelio, que ante los errores actuales apunta en dirección de la libertad, la compasión y el amor a los hombres, Roma sigue rigiéndose por el derecho medieval, que, en lugar de un mensaje de alegría, ofrece un anacrónico mensaje de amenaza con decretos, catecismos y sanciones.

No puede pasarse por alto el papel del Papa polaco en el colapso del imperio soviético. Pero éste no se derrumbó a causa del Papa, sino de las contradicciones socioeconómicas del propio sistema soviético. La profunda tragedia personal de este Papa es ésta: su modelo de Iglesia polaco-católica (medieval-contrarreformista-antimoderna) no pudo trasladarse al "resto" del mundo católico. Más bien fue la propia Polonia la que resultó arrollada por la evolución moderna.

Para la Iglesia católica, este pontificado, a pesar de sus aspectos positivos, se revela a fin de cuentas como un desastre. Un Papa declinante que no abdica de su poder, aunque podría hacerlo, es para muchos el símbolo de una Iglesia que tras su rutilante fachada está anquilosada y decrepita. Si el próximo Papa quisiera seguir la política de este pontificado, no haría sino potenciar aún más la monstruosa acumulación de problemas y haría casi insuperable la crisis estructural de la Iglesia católica. No, un nuevo papa tiene que decidirse a cambiar el rumbo e infundir a la Iglesia valor para la renovación, siguiendo el espíritu de Juan XXIII y, en consecuencia, los impulsos reformistas del Concilio Vaticano II.

jueves 16 de octubre de 2003

Opinión - Colaboraciones

Tú eres Pedro

Por ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA. Cardenal -Arzobispo de Madrid

A los XXV años de la elección de Juan Pablo II la Iglesia sólo puede manifestar agradecimiento al Espíritu Santo por su elección y al Papa por su fidelidad a ser para nosotros la «piedra» de Pedro. Peter Seewald ha dicho con razón que «Juan Pablo II ha sido la piedra del siglo XX». La vocación de Pedro es la de todos los Papas: asumir el carisma de la piedra sobre la que Cristo ha querido edificar su Iglesia. La providencia divina había preparado sabiamente esta piedra que ayudaría a la Iglesia del último cuarto del siglo XX a salir robustecida de cierta crisis de inseguridad, temor y ¿por qué no decirlo? de cierta falta de identidad. Juan Pablo II nos ha introducido en el siglo XXI robustecidos por las certezas que la Iglesia porta desde su origen y que el Concilio Vaticano II ha formulado pastoralmente para los hombres de nuestro tiempo. ¿Quién a lo largo de estos años no ha fortalecido su fe gracias a la roca de Pedro? ¿Quién no ha sentido consolidarse en su corazón las certezas bautismales?

Decía que Dios nos lo había preparado desde su juventud, como se preparan los duros metales, en el crisol de una historia de fe y de sufrimiento que no cesó al llegar a la silla de Pedro. Sufrió la persecución comunista, la clandestinidad de una iglesia de mártires que ha confesado la fe sin miedo a perder la vida, y el enfrentamiento martirial ante los poderes de este mundo que hizo de él un sacerdote, obispo y cardenal servidor de la verdad evangélica. Como el justo, maduró en el sufrimiento y floreció en la verdad. Desde que se sentó en la silla de Pedro hemos visto a un testigo de la caridad de Cristo que puede decir las mismas palabras del Papa Galileo: «A los presbíteros que hay entre vosotros los exhorto yo, presbítero con ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y participe de la gloria que está para manifestarse...». Juan Pablo II no ha escamoteado ninguno de los sufrimientos que vienen de la fe: la ha confesado y proclamado con valentía; la ha servido sin concesiones ni titubeos; la ha vivido con la pasión de quien, como Pedro, sabe que sólo Cristo tiene palabras de vida eterna. Con su permanente y oportuno magisterio sobre todas las cuestiones que afectan al hombre, Juan Pablo II nos ha colocado siempre en el umbral de la eternidad, de la Vida divina, donde el hombre puede respirar el mismo aliento que Dios le insufló al ser creado. Siempre peregrino, haciendo del Papado un servicio a la catolicidad de la Iglesia, ha llevado a todos los hombres la única verdad que conduce a la Vida eterna.

Padre del concilio y sucesor de los dos Papas que lo hicieron, Juan Pablo II ha sabido preservar, como ha hecho la Iglesia en sus momentos decisivos, «la identidad del conjunto como la capacidad de lo viviente para expresarse y representarse de nuevo. Y aquí el actual pontífice ha prestado sin duda una aportación esencial» (cardenal Ratzinger). La solidez de la roca, la ortodoxia católica, no ha impedido al Papa expresar y representar la fe de modo

actualísimo, siempre atento al hombre, a quien en su primera encíclica llamó camino de la Iglesia. Sólo los ciegos pueden tildarle de inmovilista. La humanidad de este Papa entrañable y compasivo, su firmeza para denunciar el pecado y acoger al pecador, su capacidad para solidarizarse con los problemas del hombre y del mundo, sus sufrimientos, acogidos como parte de la sede en que ejerce su supremo magisterio -al modo y estilo de la cruz- hacen de él un testigo insuperable de lo humano, camino por el que el Espíritu y la Iglesia, providencialmente, han querido desentrañarnos el ministerio de Pedro. Sobrecoge contemplar el camino de Dios en este hombre frágil que un hermoso día de octubre apareció como el «atleta de Dios» espantando el miedo de los creyentes; conmueve ver el misterio del obispo de Roma crucificado a su dolor, que cumple su oficio fielmente, y que no es otro que el de dar la vida por las ovejas, hasta la última gota, como hizo el gran Pastor del rebaño, Jesucristo. En esta fragilidad y debilidad permanece la piedra de Pedro. Y, desde la cruz, nos engendra cada día a la única certeza que necesitamos para salvarnos: creer en Aquél que ha dado la vida por nosotros, que nos ha rescatado del pecado y de la muerte, y que nos ha dejado, en su Iglesia, el icono de su propia entrega: el Papa. Juan Pablo II ha entendido así su ministerio de Pastor supremo. En plena obediencia a Dios asumió hace veinticinco años el oficio de amor que le ha llevado a dar la vida por la Iglesia. En humilde y gozosa obediencia lo realiza cada día escuchando en su interior la voz del Maestro: ¡Sígueme! Y sólo nos queda decir: gracias, Santo Padre, tú eres Pedro.

25º ANIVERSARIO DEL PAPADO DE JUAN PABLO II

TRIBUNA: JUAN JOSÉ TAMAYO

Un pontificado entre luces y sombras

Juan José Tamayo es director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones Ignacio Ellacuría, de la Universidad Carlos III de Madrid, y autor de *Nuevo paradigma teológico*, Madrid, 2003.

EL PAÍS | Sociedad - 16-10-2003

El pontificado de Juan Pablo II, que cumple estos días 25 años, ha coincidido con acontecimientos de gran significación a nivel mundial: la revolución conservadora de Ronald Reagan y Margaret Thatcher; la caída del muro de Berlín y el avance del neoliberalismo; la vitalidad del cristianismo latinoamericano de signo liberador y el avance del neoconservadurismo en sus distintas modalidades; el avance de la involución en toda la cristiandad y el protagonismo de los movimientos neoconfesionales; el proceso de globalización de la economía mundial y el avance de los movimientos de resistencia global; la "revancha de Dios" o el despertar de los fundamentalismos en no pocas religiones y los primeros pasos en el diálogo interreligioso. Juan Pablo II no ha sido ajeno a ninguno de esos acontecimientos.

Constantes han sido sus condenas del comunismo y su apoyo a los movimientos que lucharon pacíficamente contra las dictaduras *socialistas*. Fue protagonista destacado en la caída del Muro de Berlín y en la instauración de las democracias en el Este de Europa. Tras la caída del socialismo real, empero, no ha levantado su voz crítica con la misma energía contra las desigualdades sociales que está generando la globalización neoliberal en la mayoría de esos países. Su preocupación fundamental parece haberse centrado en recuperar el Este para el catolicismo.

En sus viajes a los diferentes países de América Latina, el Papa ha reconocido los derechos de las poblaciones indígenas y negras, sus identidades culturales y religiosas; ha responsabilizado a los países del Norte del subdesarrollo de los países del Sur; ha denunciado la situación inhumana de los *niños de la calle*; ha apoyado las reivindicaciones del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra en Brasil. Pero estas declaraciones de solidaridad con los sectores excluidos del

sistema no se compaginan fácilmente con las frecuentes condenas contra el cristianismo latinoamericano liberador, la Iglesia popular, y los teólogos y teólogas de la liberación, que han vivido bajo sospecha durante todo el pontificado. Desde su llegada a la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Ratzinger, otrora perito del concilio Vaticano II, controla compulsivamente todo lo que dicen o escriben dichos teólogos. En 1984 la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó, con la aprobación del papa, la Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, en la que dirigía contra la teología de la liberación una condena desproporcionada en el tono e inexacta en su contenido, muy similar a la dirigida por Pío IX en el *Syllabus* contra los errores modernos 120 años antes.

Juan Pablo II ha sido uno de los críticos más severos del capitalismo. En sus discursos y encíclicas ha denunciado las desigualdades creadas por este sistema. En la encíclica *Laborem Exercens* (1981) defendió la dignidad del trabajador y del trabajo, y la primacía de éste sobre el capital. En la *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) llamaba la atención sobre los mecanismos económicos, financieros y sociales, maniobrados por los países más desarrollados, que hacen más rígidas las situaciones estructurales de pobreza de unos y de riqueza de otros, y proponía un modelo de relaciones políticas y económicas entre los pueblos regidas no por el propio interés sino por el principio de la solidaridad. En la encíclica *Centesimus Annus* (1991) denunció "las carencias humanas del capitalismo", que se traducen en el dominio de las cosas sobre los hombres. Hizo ver que el mercado deja al descubierto muchas de las necesidades humanas y que la derrota del socialismo no convierte al capitalismo en el único modelo económico.

Pero, al mismo tiempo, ha descalificado todos los socialismos, también el democrático, que intentan aunar libertad e igualdad, y apoya a organizaciones católicas vinculadas, directa o indirectamente, con los poderes económicos y financieros; organizaciones que, a su vez, están ubicadas en la cúpula del Vaticano.

Juan Pablo II ha pedido perdón en más de 100 ocasiones. Es una actitud religiosa y humana que responde a los valores más genuinamente evangélicos. Ha condenado el Holocausto con más coraje que sus predecesores y ha pedido perdón a los judíos. Sin embargo, ha beatificado al cardenal Alojzije Stepinac, arzobispo de Zagreb entre 1941 y 1945, acusado de colaborar con el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial, y a Pío IX, papa de 1846 a 1878, declaradamente antisemita.

Ha defendido los derechos humanos en la sociedad y ha denunciado proféticamente sus permanentes transgresiones. Pero, a su vez, desconoce los derechos de los cristianos y se olvida de practicar la democracia de puertas para dentro de la comunidad cristiana. Ejemplar ha sido su compromiso con la

democracia en los diferentes foros internacionales. Con todo, durante su visita a Chile, legitimó la dictadura de Pinochet o al menos al dictador, dándole la comunión, sin exigirle previamente un cambio de conducta ni imponerle como penitencia la entrada en la senda de los derechos humanos.

Ha rehabilitado a teólogos, reformadores y científicos excomulgados o sometidos a los castigos de la Inquisición por sus predecesores, como Lutero, Galileo, Rosmini, etc. Pero hoy sigue imponiendo sanciones a los teólogos, más de quinientos a lo largo de los veinticinco años de su pontificado: a unos, retirándoles el título de "teólogos católicos", a otros prohibiéndoles enseñar y publicar. Con el agravante de que algunos de ellos fueron llamados por Juan XXIII y Pablo VI a participar en el concilio Vaticano II como asesores y otros hacen teología en el horizonte de dicho concilio. La teología está en el punto de mira del Vaticano, y muy especialmente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y se encuentra en estado de cautividad.

Creo que el Papa polaco no ha entendido la modernidad. Esa es quizá su principal asignatura pendiente y uno de sus desencuentros más llamativos. Con ello no estoy diciendo que la modernidad no tenga su talón de Aquiles. Claro que lo tiene, como han demostrado filósofos nada sospechosos de pre-modernos como Max Horkheimer y Theodor Adorno. En el pensamiento de Juan Pablo II la modernidad no es objeto de análisis sereno y riguroso, sino una pesadilla o, si se prefiere, una obsesión. Adopta ante ella una actitud beligerante. La modernidad es criticable, claro está, pero quizá no en los aspectos criticados por Juan Pablo II, quien ve a la modernidad como la principal responsable de la crisis actual del cristianismo y de la disolución de la unidad católica, y no repara en que la causa de la crisis del cristianismo se encuentre quizá en la orientación antimoderna de éste.

Las beatificaciones y canonizaciones constituyen un buen test para conocer la personalidad del Papa y valorar su orientación religiosa. Ha demostrado una gran celeridad en los procesos de beatificación y canonización de personas en sintonía con su modelo de cristianismo de restauración: Teresa de Calcuta va a ser beatificada siete años después de su muerte; la canonización de Escrivá de Balaguer se produjo a los 27 años de su fallecimiento. Muy rápidas han sido también las canonizaciones del padre Pío, religioso italiano con fama de taumaturgo, y de la religiosa española Madre Maravillas, que se opuso a la reforma conciliar del Carmelo y creó una Congregación preconiliar. Más lento es el ritmo de otros procesos, los de los teólogos y obispos latinoamericanos de la liberación mártires como el obispo argentino Angelelli, el arzobispo salvadoreño Oscar Arnulfo Romero, monseñor Gerardi, obispo auxiliar de Guatemala, los jesuitas de la Universidad Centroamericana (UCA). Varios de esos procesos ni siquiera se han iniciado. Me parece que las beatificaciones y canonizaciones de este pontificado se realizan con criterios de ortodoxia más que de ortopraxis, atendiendo a la fidelidad a la Tradición más que al Evangelio.

La ambigüedad del actual pontificado se aprecia en su actitud ante la mujer. En la *Mulieris dignitatem* Juan Pablo II utiliza el discurso de la excelencia sobre la mujer: la criatura más excelsa de la creación, la obra más perfecta. Pero a renglón seguido, todo son discriminaciones: no puede acceder al sacerdocio, no puede representar a Cristo, porque Cristo fue varón. No puede acceder al mundo de lo sagrado, reservado a los varones ordenados. No puede asumir puestos de responsabilidad, porque Cristo reservó esos puestos a los apóstoles y a sus sucesores, todos varones.

© El País S.L. | Prisacom S.A.

25º ANIVERSARIO DEL PAPADO DE JUAN PABLO IITRIBUNA: ADAM MICHNIK

El Papa revolucionario conservador

Adam Michnik, ensayista y director del diario polaco *Gazeta Wyborcza*, fue uno de los líderes del sindicato Solidaridad. Traducido del inglés por Mario de Gortari Rangel.

EL PAÍS | Sociedad - 17-10-2003

Hace veinticinco años, el pueblo polaco se sorprendió por la elección como Papa de su compatriota, el cardenal Karol Wojtyla de Cracovia. Algunos se asustaron, otros lloraron de alegría. Éste, dijo un escritor prominente, era "el segundo bautismo de Polonia". Pero incluso en nuestra euforia, nunca nos imaginamos cuánto habría de cambiar el Papa no sólo a Polonia, sino al mundo.

En su primera visita a su país de origen poco después, el mundo pudo ver el poder del nuevo Papa. La policía comunista desapareció de las calles principales de Varsovia, que sin embargo se convirtieron en modelos de orden. Después de décadas de impotencia, los polacos recuperaron de golpe su capacidad de autodeterminación. Al decir en voz alta que "no puede haber una Europa justa sin una Polonia independiente en su mapa", el Papa de hecho barrió con el injusto acuerdo de posguerra que había sometido a Polonia al poder soviético.

Después, en Auschwitz, el Papa dijo: "Hablo en nombre de todos aquellos cuyos derechos no se reconocen y se violan en cualquier lugar del mundo; hablo porque la verdad me obliga, nos obliga a todos". En ese lugar, ese Gólgota de los tiempos modernos, hizo un llamamiento a los polacos, quienes recordaban a sus seres queridos muertos en las cámaras de gas de Auschwitz, así como a los que se congelaron en los campos de concentración de Siberia, a formar una hermandad dedicada a la lucha contra el odio y la venganza, incluso cuando éstos se justificaran.

Algunos ven en el Papa a la persona responsable de un renacimiento religioso; otros ven a un hombre de paz. Algunos ven a un defensor de los pobres; otros, a un crítico de la teología de la liberación. Para el pueblo de Polonia, Juan Pablo II, al hacer de los derechos humanos el tema central de sus enseñanzas,

será siempre el hombre que nos dio valor y esperanza, y que restableció nuestra identidad histórica.

En efecto, la característica central de la primera década del papado de Karol Wojtyla fue su lucha contra de la dictadura (de la dictadura comunista en particular). La estrategia formulada por el Papa para la Iglesia católica y su capacidad para movilizar a millones de creyentes tras su causa, significó que nadie podrá repetir jamás la pregunta de Stalin: "¿Cuántas divisiones tiene el Papa?". Juan Pablo II demostró que la fuerza moral era un arma lo suficientemente poderosa para deshacer la división del mundo que se hizo en Yalta.

Tal vez debido en parte a su firme postura anticomunista, se tacha a la Iglesia polaca y a Juan Pablo II de "conservadores". La acusación busca sugerir que la Iglesia no puede vivir cómodamente con una democracia pluralista. Ciertamente, en su lucha contra el comunismo la Iglesia polaca fue, en efecto, conservadora (¡Gracias a Dios!) Fue conservadora en su fidelidad absoluta a los valores evangélicos, a la verdad de la fe, a su identidad histórica. La Iglesia fue un reproche viviente para el sistema del ateísmo oficial y de la falsedad legalizada.

Sin embargo, después del comunismo, el problema a que se enfrentan actualmente Juan Pablo II y su Iglesia es éste: ¿en qué idioma se pueden articular los valores evangélicos en un mundo donde el mal no está encarnado en un sistema político, sino difuso en las almas individuales? ¿Cuál es el mensaje del Papa para el mundo poscomunista que él ayudó a crear?

Sin duda, Juan Pablo II mantiene su distancia de las ideas económicas liberales y del Estado liberal, al que frecuentemente acusa de permisividad y relativismo moral. En los pronunciamientos del Papa, a menudo hay una crítica al individualismo en nombre de los valores colectivos. Él considera las fallas del liberalismo como particularmente perniciosas en los países poscomunistas. Le parece que la economía de mercado, a pesar de sus logros prácticos, con frecuencia carece de corazón y de un rostro humano. Ve al mercado como favorecedor del espíritu empresarial por encima de la solidaridad humana.

Así, Juan Pablo II no es entusiasta de la civilización occidental moderna, divorciada del mundo de los valores, y opone a ella la sensibilidad moral de sociedades con recuerdos recientes de décadas de dictadura. Al igual que Alexandr Solzhenitsin, el Papa tiende a creer que fue sobre todo en la resistencia al totalitarismo cuando el hombre se hizo verdaderamente libre y preservó los valores fundamentales de la civilización.

Yo confieso que veo la herencia del comunismo de manera más escéptica. La presión del totalitarismo, en efecto, formó a gente excepcional como Juan

Pablo II y Alexandr Solzhenitsin, gente para la que la fe religiosa convirtió en libertad la falsedad y la soledad. Pero hizo lo mismo con Andréi Sájarov y Vaclav Havel, quienes defendieron sus valores supremos en referencia al humanismo laico y con su lenguaje.

Sin embargo, para la mayoría de la gente, la vida bajo una dictadura totalitaria no fue ennoblecedora; más bien, fue una inmersión diaria en mentiras, depravación espiritual y corrupción material. Por ello, las sociedades poscomunistas no muestran ninguna nobleza o desinterés que contrasten seriamente con Occidente. La derrota del comunismo dejó un enorme agujero negro en las almas de las comunidades, que ahora se está llenando con nacionalismo, prejuicios y el consumismo occidental.

Pero la intuición básica de Juan Pablo II es correcta: el mundo poscomunista (Oriente y Occidente) está en una crisis espiritual, y el Papa quiere sacudirlo para que tome conciencia de la importancia de valores más elevados. En efecto, con sus palabras y su ejemplo, el Papa perturba al mundo, que quiere vivir con riquezas y comodidades; él nos recuerda que también debemos vivir con dignidad.

Al fin de cuentas, Juan Pablo II no encaja en ninguna categoría y a menudo representa un encuentro entre opuestos: rechazo a pactar y ecumenismo; dureza y calor; apertura intelectual e insistencia en la ortodoxia teológica. Es un conservador que ama la libertad y un "pacifista" que condena la injusticia, pero que nos recuerda que la piedad es más importante que la justicia. En esto personifica la paradoja que es el cristianismo: principios inquebrantables y duraderos unidos por el entendimiento y la tolerancia.

Veinticinco años después de que Juan Pablo II saliera de Polonia hacia Roma, nosotros los polacos seguimos agradecidos a él por habernos ayudado a recobrar nuestra libertad. Es bueno que Juan Pablo II esté entre nosotros. Un mundo en el que todo cambia necesita un guardián de lo que permanece igual.

© *Project Syndicate, 2003.*

25º ANIVERSARIO DEL PAPADO DE JUAN PABLO II

TRIBUNA: RAFAEL SANUS

Un Papa de grandes contrastes

RAFAEL SANUS

EL PAÍS | Sociedad - 18-10-2003

Se celebra en Roma el 25º aniversario del pontificado de Juan Pablo II. Veinticinco años de papado constituyen una etapa tan larga que permite observarlos con una cierta perspectiva histórica.

En todos los pontificados largos (Pío IX, León XIII, Pío XII) los últimos años han sido de estancamiento por la debilidad física y la disminución de la agilidad mental del Papa, por la incapacidad para conectar con la cambiante realidad y, como consecuencia, por la total ausencia de creatividad. Se produce una especie de esclerosis en el gobierno de la Iglesia. Y todo ello está ocurriendo también en este reinado, con el agravante de que el Papa, por televisión, nos está ofreciendo un doloroso y patético espectáculo. Si estuviera tan lúcido como dicen los que le rodean, el Papa se negaría a salir en televisión, porque algunos piensan que se trata de una exhibición impúdica de sus múltiples y dolorosas limitaciones, que nos hacen sufrir a católicos y no católicos. Ciertamente, si se tratara de mi padre, yo no consentiría que apareciera así en televisión. ¿Por qué no impiden en Roma que se pisotee tan ostentadamente la intimidad del Papa, a la que tiene el derecho y el deber? No me vale la comparación con Cristo en la cruz, porque el Señor en la cruz no predicaba, no hacía milagros, no tomaba decisiones, sino que se limitaba a sufrir en silencio (Cf. I Pe. 21-35). Los Evangelios testimonian que Jesús aceptó que había llegado el momento de renuncia a todo protagonismo y se entregó en manos de sus perseguidores y verdugos. Hace ya algún tiempo que al Papa le llegó también la hora del silencio. He de confesar que no entiendo por qué no lo ha hecho, siendo un hombre de tanta fe y tan inteligente. La única explicación que encuentro es la de que el Papa tiene una concepción mesiánica de su pontificado.

Por todas estas circunstancias creo que ya se puede hacer un sucinto balance de su pontificado, porque todo lo que de nuevo tenía que hacer ya lo hizo y todo lo que de nuevo podía decir ya lo dijo. Ahora sólo podemos esperar de él más de

lo mismo.

Estoy convencido de que Juan Pablo II pasará a la historia como un líder mundial en la defensa de los derechos humanos. La defensa de la dignidad de la persona humana, la condena rotunda de todo tipo de terrorismo, la exigencia de una más justa distribución de la riqueza en los países y entre los países y la vehemente y continua exhortación a la paz han sido una privilegiada constante de su magisterio. Basta recordar su no tajante e inquebrantable a la última guerra contra Irak, que puso en un aprieto a algunos políticos católicos. Un hombre, además, que ha calificado al comunismo de "intrínsecamente perverso" y al capitalismo como sistema económico "salvaje", merece el respeto de toda persona de buena voluntad. Pero, no sólo con palabras ha luchado el Papa contra la opresión, sino también con hechos. Es innegable su importante contribución al desmoronamiento del comunismo, porque la rebelión polaca fue instigada y fomentada por él y produjo un efecto dominó en los países de la Europa del este, que desembocó en la caída del muro de Berlín. Un solo fallo, pero grande, aprecio en esa línea suya, tan evangélica y tan humana, de defensa de los derechos de los más débiles: la condena, sin paliativos, de la teología de la liberación, que produjo en el episcopado y el clero sudamericanos una verdadera caza de brujas. A pesar de sus limitaciones y de sus ambigüedades, una impugnación tan radical de la teología de la liberación ha dejado sin voz y sin esquema teológico a millones de pobres iberoamericanos, que, además, casi todos son católicos. Pero esta vez pudo más el visceral anticomunismo del Papa que el clamor de protesta de los desheredados de esta tierra.

La fuerte personalidad y el férreo carácter de Juan Pablo II han despertado, dentro de la Iglesia, grandes entusiasmos y también grandes rechazos. Y es que tiene una personalidad tan arrolladora que, inconscientemente, ha pretendido moldear la Iglesia a su imagen y semejanza. Pero la Iglesia no puede ser configurada más que a imagen y semejanza de Jesucristo. Por eso, para unos, el Papa es el gran testigo de la fe en tiempos de increencia y, para otros, constituye un grave obstáculo para la credibilidad de la Iglesia o, como el mismo Papa dice, para la nueva evangelización. Estoy convencido de que hoy en el interior de la Iglesia existe mucha más tensión que cuando Juan Pablo II empezó su pontificado, porque, sin pretenderlo, ha despertado y reanimado la oposición entre católicos conservadores y católicos progresistas. Su nunca disimulada predilección por movimientos de tendencia integrista, le han valido el calificativo y la imagen de ultraconservador. Por el contrario, los grupos más abiertos, más sensibles a los problemas de la gente, más dialogantes con el mundo porque creen que la Iglesia no posee toda la verdad, han sido sistemáticamente desatendidos y marginados por este Papa. Y, eso para el supremo pastor de la Iglesia, que, además, es padre, no es bueno, nada bueno. ¿Por qué, se preguntan los progresistas, se ha dado el Papa tanta prisa en canonizar a José María Escrivá de Balaguer y en cambio se han puesto tanta dificultades para iniciar el proceso de canonización del Arzobispo mártir Óscar Romero? Realmente es difícil contestar ese interrogante. Pero lo peor es que

hay muchos cardenales, arzobispos, obispos, presbíteros y seglares para quienes si no aceptas, íntegramente y sin figuras, todo el magisterio del Papa (desde las encíclicas hasta las alocuciones que pronuncia en el Ángelus de los domingos), estás contra la Iglesia. Pero, afirmar eso es casi un pecado contra el Espíritu Santo, que es quien verdaderamente sostiene y dirige la Iglesia y quien, según la palabras del mismo Jesús "sopla donde quiere" (Jn. 4,8). Y, además, supone un desconocimiento total de la rica y compleja realidad de la Iglesia, que es una y múltiple a la vez.

Nunca he conocido una Iglesia tan centralizada como la de hoy en día. Tanto que, en ocasiones, me ha parecido que resucitaba la vieja Roma, ciudad-imperio. Sólo Roma tomaba las decisiones y la periferia, la inmensa periferia, se limitaba a obedecerlas y cumplirlas minuciosamente. ¿Qué tiene que ver esta Iglesia con la eclesiología de comunión y participación del Concilio Vaticano II? En este aspecto del ejercicio de la autoridad, cualquier parecido con el Concilio es pura coincidencia.

En realidad Juan Pablo II ha desempeñado su oficio de Papa de un modo muy autoritario, haciendo girar todo en torno a él: ha disminuido notoriamente la autoridad doctrinal de las conferencias episcopales, ha acentuado el carácter meramente consultivo del Sínodo de Obispos (del que ni siquiera podemos conocer otra cosa que las conclusiones a las que llegaron los padres sinodales), ha mantenido la autoridad sin límites de los obispos en un grado tal que hubiera sorprendido al mismo san Ignacio de Antioquía, para quien el obispo era el representante de Dios. Y en cuanto al magisterio se puede decir, sin exagerar, que Juan Pablo II ha impuesto en la Iglesia el pensamiento único, ayudado (todo hay que decirlo) por la cobardía y el temor reverencial de muchos obispos. ¿Dónde están aquellas agallas de los apóstoles que permitían que san Pablo le pegara, en Antioquía y en público, tal bronca a san Pedro, que era el Papa, que acabara llamándole hipócrita delante de todos? (Cf. Gal. 2,11 ss) ¿Cuándo volverá a la Iglesia esa libertad tan evangélica y esa profunda fe en el Espíritu? Pero no, en la Iglesia actual, sin libertad de expresión, los obispos nos sentimos tan controlados y los teólogos tan vigilados y examinados... La Congregación para la Doctrina de la Fe ha actuado al estilo del antiguo Santo Oficio, de infausta memoria, pero, eso sí, sin torturas físicas ni hogueras.

Mención aparte merece, en este sentido, el inmovilismo doctrinal de Juan Pablo II respecto a la moral sexual y matrimonial. ¿Cuántos matrimonios se han sentido angustiados, al verse encorsetados por la problemática encíclica de Pablo VI *Humanae Vitae*, tan reafirmada y enfatizada por Juan Pablo II? ¿Cuántos jóvenes han abandonado la Iglesia por considerar que era inhumana esa moral sexual? ¿Cuántos científicos, dedicados a la investigación biogenética, consideran a la Iglesia el mayor enemigo de la ciencia? A veces me pregunto si no acabaremos creando un nuevo caso Galileo. Esta actitud tan cerrada por parte de la Santa Sede produce un efecto boomerang que favorece lo que los sociólogos llaman "católicos a la carta". Muchos católicos

practicantes prescinden totalmente del magisterio eclesiástico, en estas y otras cuestiones, con lo cual el remedio resulta ser peor que la enfermedad.

Juan Pablo II ha defendido ardientemente la libertad religiosa, ha abogado por la libertad política, es decir libertad de pensamiento y expresión, pero en el seno de la Iglesia la ha dejado bajo mínimos. ¿Cómo se explica esta contradicción en un hombre que tiene madera para haber sido un gran Papa y haber desarrollado lúcidamente la rica eclesiología del Vaticano II, en el que intervino de modo personal y muy activo? La clave, a mi entender, está en su formación religiosa. Juan Pablo II se ha formado en un catolicismo polémico y beligerante como el polaco, con el nacionalcatolicismo como telón de fondo, y de tal manera le ha marcado esta formación que no se encuentra a gusto en una sociedad democrática, tolerante, pluralista y muy secularizada. Todo esto ha contribuido a que errara el método a seguir: en vez del diálogo ha elegido la confrontación y el dogmatismo, considerando "cultura de la muerte" todo el conjunto de la cultura actual y postmoderna. Lamentablemente, se ha hecho realidad en la Iglesia la cínica frase de Alfonso Guerra: "El que se mueve no sale en la foto".

No se puede negar que Juan Pablo II haya sido realmente un papa universal, como lo prueba el centenar de viajes apostólicos que ha realizado por todo el mundo para confirmar a sus hermanos en la fe y hacerlo en los lugares y circunstancias en que vive cada Iglesia. Para mí, concretamente, el viaje que hizo a España en 1982 fue una bendición y una inyección de esperanza para los católicos, cualquiera que fuera su concreta ideología política. Desgraciadamente, estos viajes, que al principio eran motivo de gozo y de admiración, se han convertido en una rutina que no interesa ya a casi nadie, excepto, al parecer, a los jóvenes. Es sorprendente el atractivo que ejerce sobre ellos. El Papa ha conectado perfectamente con las masas y ha actuado ante ellas como un prodigioso actor que las conmueve y arrastra. Es posible que no le hagan mucho caso a lo que dice, pero el impacto cristiano que produce es innegable.

¿Cómo no hablar de los esfuerzos ecuménicos del Papa? Encuentros personales con ortodoxos, anglicanos, protestantes, judíos, musulmanes, etcétera. Se trata de un ecumenismo de dimensión mundial. La variopinta y estimulante reunión en Asís de los representantes de todas las religiones pasará a la historia como un modelo de fe en Dios, que lo trasciende todo. Pero, también en este campo aparecen las contradicciones de Juan Pablo II. Cuando parecía que el ecumenismo con las Iglesias cristianas no católicas estaba bien encarrilado, el Papa publica el documento *Dominus Jesus*, que sentó como una bomba en todas esas iglesias. Es como si el Papa tuviera miedo a perder la primacía y, con ello, pusiera en peligro la integridad del *depositum fides*. Pero, no se trata de primacías, sino de diálogo, de estar dispuesto a escuchar y atender las razones del otro.

Largo y ancho podría ser el balance del magisterio y pontificado de Juan Pablo II, y más cuando, como dicen, para contener todos sus escritos hace falta una biblioteca entera. Yo he querido comentar algunos aspectos que me parecen especialmente interesantes, pero dejando el juicio último al lector, no sin recordarle que entre el blanco y el negro hay una rica gama de grises.

© El País S.L. | Prisacom S.A.

25º ANIVERSARIO DEL PAPADO DE JUAN PABLO IITRIBUNA: MARGARITA PINTOS DE CEA-NAHARRO

Santas y excluidas

Margarita Pintos de Cea-Naharro es teólogaEL PAÍS | Sociedad - 19-10-2003

En algún momento de su vida las mujeres han reflexionado sobre la tradición religiosa a la que culturalmente pertenecen, bien para conocerla mejor y afirmarse en sus creencias, bien para rechazarla. Las que pertenecemos a la corriente cristiana de denominación católica nos hemos puesto a pensar, desde nuestras conquistas económicas, sociales y políticas, sobre el lugar que ocupamos en esa Iglesia, y nos encontramos con algunos problemas, que se han visto agudizados durante el pontificado de Juan Pablo II.

Con motivo de la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta, he repasado la biografía de las mujeres que han obtenido el grado de beatas o santas (alrededor de sesenta en este periodo). Todas ellas ejemplifican perfectamente el rol que se nos adjudica: ser sensibles a las necesidades de los sectores más débiles de la sociedad y dar respuesta concreta y práctica a los problemas inmediatos allí donde no llegan las instituciones públicas; ser mujeres orantes, para quienes la dimensión espiritual constituye la fuente de sus propuestas sociales. Echo de menos, sin embargo, a mujeres que han asumido su compromiso social más allá de lo asistencial y que han empeñado sus vidas, incluso sufriendo el martirio, en transformar estructuras sociales y políticas que son el origen de las desigualdades.

Podemos comprobar, buscando en las genealogías de nuestras antepasadas cristianas, que tampoco pueblan los altares mujeres que han hecho su propia reflexión teológica, poniendo de manifiesto el androcentrismo antropológico de la teología patriarcal dominante. Muchas de ellas monjas, beguinas o seglares independientes, dedicaron su vida a la búsqueda de nuevos caminos de espiritualidad; desde sus experiencias como mujeres, denunciaron la corrupción del clero y cualquier forma de devoción meramente externa, a la vez que proclamaban su ilimitado amor por Dios con un lenguaje sensual acompañado de representaciones llenas de fantasía que rompían las barreras morales de su momento histórico.

Para ellas, como para muchas de nosotras, el cuerpo de las mujeres es un lugar teológico desde donde repensamos nuestra fe. Sin embargo, para la institución católica nuestro cuerpo es el obstáculo para acceder a los ministerios ordenados, ya que él no representa a Cristo. La prohibición se sustenta en dos pilares: *a)* la mujer no es *vir* (varón) y, por lo tanto, en función de su sexo, no puede representar a Cristo, que fue varón, lo que supone una discriminación en función del sexo, y *b)* en una interpretación restrictiva de la Tradición, que reduce el grupo de los seguidores y seguidoras de Jesús al círculo de los Doce, sin tener en cuenta, primero, el discipulado igualitario del movimiento de Jesús y, después, la comunidad cristiana a la que se incorporan en igualdad de condiciones hombres y mujeres a través del bautismo, que es un sacramento inclusivo y no excluyente.

Juan Pablo II, en su carta del 22 de mayo de 1994, *Ordinatio sacerdotales*, afirma: "... declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia". Con esta contundencia se quiere cerrar el debate que, sin embargo, está más abierto que nunca con las últimas ordenaciones de siete mujeres como sacerdotes (29-6-2002) y dos obispas (26-6-2003). Éstas fueron ordenadas en un barco de vapor en el Danubio, entre Passau y Linz (Austria) por obispos católicos.

La masculinidad de Jesús es usada también para reforzar una imagen patriarcal de Dios. Si Jesús es hombre, y como tal revelación de Dios, entonces hay que deducir que la masculinidad es una característica esencial del propio ser divino. Por esto, los hombres, gracias a su parecido natural, gozan de la capacidad de identificarse más con Cristo que las mujeres, y tienen la capacidad de representarle. Sin embargo, el credo Niceo-constantinopolitano afirma *et homo factus est*, usando el término inclusivo *homo*, no el término *vir* que usan tanto el catecismo de la Iglesia católica (Nº 1.577) como el Derecho Canónico (Can. 1.024).

Nos encontramos así con una antropología que valora negativamente la sexualidad, raíz del celibato obligatorio en los sacerdotes y motivo por el que las mujeres son separadas de lo sagrado, al tiempo que la imagen masculina de Dios justifica una concepción jerárquico-patriarcal de la iglesia católica (*kiriarquía*).

Es así como las mujeres tenemos vetado el acceso al poder y no podemos participar en las decisiones que en muchas cosas, como la moral sexual, nos afectan directamente. El poder sobre los cuerpos (sea éste un trozo de pan, un niño/a, una mujer, un salario, un espacio natural) sigue siendo una prerrogativa masculina y el origen de la violencia de género. Por esto, seguir planteando esta vindicación de manera teórica y práctica es una forma de quebrar el patriarcado eclesial.